



www.loqueleo.com/ec

© 2009, Liset Lantigua

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-986-7

Derechos de autor: 53347

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Febrero 2018

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Nashely Lascano

Actividades: Josefina Jarrín

Edición de actividades: Gabriela Tamariz

Corrección de estilo: Mauricio Montenegro

Diagramación del libro: Ramiro Jiménez

Diagramación del cuaderno de actividades: Fausto Machado

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Contigo en la luna

Liset Lantigua



loqueleo



Para Pamela



Contigo en la luna 11

Primera parte

DE BEBÉS, DE NARANJAS, DE CANGREJOS

Y OTROS ENREDOS 15

El bebé y el zapato perdido 17

Una enorme ciudad 23

Un regalo misterioso 27

Querida amiga 37

El último dinosaurio 43

Hormigas locas van al doctor 53

En las nubes 57

El silencio de los cangrejos 61

Un barquito... 65

Por los mares del sur 69

Segunda parte

DE AMOR, DE ABUELAS, DE LA LUNA

Y OTRAS COINCIDENCIAS 77

Los cometas 79

Aquella llamada	85
La mariquita	91
Descubrimiento	97
Nosotros (Pablo)	103
(Lidia)	107
El premio	111
Navidad en la luna	119
Biografía	129
Cuaderno de actividades	131

Contigo en la luna



- Oye, ¿viste eso?
- ¿Qué? ¿Una mariquita?
- No, boba, la Tierra.
- ¿Y qué pasa con ella? Está allá abajo...
- Mírala bien, ¿a qué se te parece?
- A una lámpara gorda.
- Si lo contáramos, no nos creerían...
- ¿Y eso qué importa?
- Lo mismo dice Felo: «Qué importa que no te crean». Pero Felo está loco.
- Yo no estoy loca y pienso lo mismo. A veces quisiera que mi mamá fuera un poco loca, como Felo, pero ya ves, es tan cuerda que nunca le pasa nada divertido. Lo más divertido que le ha pasado en la vida es Felo.
- Bueno, tu mamá trabaja en la oficina de belleza. Si fuera como él, habría hecho dos o tres cosas al revés, y las mujeres esas que se quieren volver más lindas la habrían demandado.



(Silencio).

—En serio, ¿viste eso?

—No, no veo nada. Estoy contemplando mi sandalia, parece un pato...

—¡La Tierra! ¡La Tierra se movió!

—Siempre se mueve.

—¡Sí, pero ahora se movió más hacia este lado, hacia donde está el montoncito de estrellas!

—No, bobo, no se movió, el montoncito de estrellas fue el que se movió, y no es un montón de estrellas, sino un cometa. El cometa que pasa en Navidad.

—¿Y ahora nos vamos a quedar sin pedirle un deseo?

—Pues, supongo... ¿Y qué deseo querías pedirle?

(Silencio).

(Silencio).

—¿Y?

—Pues, pensándolo bien, me habría gustado poder ir a la luna contigo. Eso le habría pedido, pero ya estamos en la luna.

(Silencio).

(Silencio).

—Oye, Lidia, ¿te he dicho que te quiero?

—No, bobo, no me lo has dicho.

Muestra
promocional
Prohibida
su venta
© Santillana

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana

Primera parte

**DE BEBÉS,
DE NARANJAS,
DE CANGREJOS
Y OTROS ENREDOS**

El bebé y el zapato perdido



17

Carlos recibió una llamada telefónica el sábado por la mañana. Se encontraba en un hotel pequeño de la costa y contemplaba unos barcos pesqueros que parecían enormes grillos sobre el agua. Era un hombre que imaginaba cosas, y era feliz, bastante feliz, pero esa mañana lo fue más.

Estaba por terminar un proyecto que lo había alejado de casa; por eso trabajaba mucho, hasta tarde, y cuando descansaba, miraba al mar o recogía conchas para su mujer.

Se llamaba Alba, así: Alba. Alba como la luz. Estaba muy embarazada, llevaba un bebé de nueve meses en la barriga y ese mismo día iba a nacer, por eso llamó a Carlos. No le dijo «Buenos días» ni «Soy yo, amor». Solo le pidió, con cierto misterio, que regresara.

—Quiere nacer, ven ya.

Cualquier otro no habría entendido, es verdad, pero Carlos estaba esperando. Había visto crecer un arbusto en el jardín, llenarse un nido de gorriones,

apagarse la tarde por un eclipse de sol, y su hijo seguía allá dentro. Carlos contaba los días, se aburría de esperar. Esperaba en cualquier parte, donde estuviera. En su trabajo, frente al mar, junto a su esposa en el cine, con música de fondo, en las galerías, en las calles, en el sueño. Esperaba mientras esperaba y siempre le parecía que faltaba mucho. Como se espera a un hijo, así esperaba.

Después de la llamada, se mojó el cabello y se lo revolvió; se puso los zapatos de viaje al derecho y luego al revés; se cepilló los dientes con crema de afeitar; guardó sus cuatro cosas y sus papeles y salió a buscar el camino a casa, con su mochila y su amor por Alba.

Recogió un grillo que dormía entre unas siemprevivas y pensó en decirle a su hijo: «Mira, hijito, este es un barco pesquero que pasa días y noches en alta mar».

Cogió dos o tres buganvillas rosadas y se dijo: «Sobre el papel de estas flores escribiré un poema para mi hijo». Las guardó en su bolsillo y esperó a que el corazón escribiera los versos, y así lo hizo el corazón:

*La mañana es un sombrero
con plumas y caracoles,
la muchacha que lo lleva
se llama Alba de Soles.*

*En su vientre lleva un hijo,
en su vientre como cuna,
largo como una ramita,
redondo como la luna.
Será arrugado, feíto,
revoltoso, pececito,
marinero, timonel.
Será verde o amarillo,
un hijo siempre es un hijo.
Será lo que quiera ser.*



En estas andaba el corazón cuando Carlos vio que el bus se iba, se iba de largo. Sin pensarlo dos veces, comenzó a perseguirlo. Imaginó que andaba a caballo y lo alcanzó después de siete curvas. El conductor abrió la puerta y Carlos le contó que el niño ya iba a nacer.

—¡Apúrese! —le dijo.

Había un solo asiento desocupado y en él se desplomó con mochila y todo. A su lado viajaba una señora muy amable, una señora de setenta años; ella le hizo notar, con mucha discreción, que le faltaba un zapato:

—¡Hijo, por Dios, tienes un solo zapato!

Todo el mundo escuchó, porque la señora era discreta pero había perdido el oído por viejita y tenía

que hablar a gritos. Un muchacho que era *hippie* quiso regalarle uno de sus zapatos a Carlos para que no llegara al nacimiento del niño tan mal parado, pero la gente no permitió que se lo sacara. En realidad, a Carlos no le importaba llegar al hospital con un zapato menos.

20 Volvió la calma al viaje y el autobús estuvo en la ciudad en solo cinco horas. El conductor le agradeció a Carlos que hubiera escogido su «unidad» para hacer un viaje tan importante y le prestó una franelita para que se secase el sudor de las manos.

Finalmente, llegó al hospital, un hospital gigante. Carlos no sabía hacia dónde ir, había olvidado el truco de preguntar. Imaginó que era un perro labrador y trató de seguir el perfume de su mujer, un perfume que no se vende, perfume «Alba». Siguió por un largo pasillo, dobló a la derecha, a la izquierda, dio veinte pasos hacia atrás y se detuvo frente a una puerta blanca con el número uno. Tocó cinco veces y la puerta se abrió. En realidad, la enfermera la abrió:

—¿Qué desea?

—Deseo ver a Alba y a mi hijo.

La enfermera le dijo:

—¡Bienvenido, papá!

Y ese «papá» se le prendió en los ojos.

Al fondo de la habitación, encontró a Alba un poco adolorida, pero más Alba que nunca. Tenía al bebé en los brazos y trataba de alimentarlo. Carlos lloró, la besó, acarició al pequeño con un solo dedo y dijo:

—¡Qué lindo, qué feito es! —Y le leyó el poema.

Cuidó sus sueños toda esa noche. Cuando lloraba, le cantaba la canción de un mosquito que navegaba en una cáscara de nuez por los mares del sur, y el bebé se dormía. A Alba le daba risa.

Al otro día, con la primera luz, se fueron a casa los tres: Alba, Carlos y el pequeño Pablo. El primer parecido entre el hijo y el papá se notó enseguida: al llegar vieron que al bebé le faltaba un zapato, lo había perdido en el camino.